



CONTRA LA DESESPERANZA DEL MUNDO



Felicity Rainnie

desovilla con fluidez la substancia de sus sueños,
cobrando realidad —para nosotros— en sus grabados
de sabiduría técnica, así también, en las acuarelas
delicadas de fino dibujo, con amplitud de velos sutiles
de color, donde palpitan flora y fauna fantásticas.
La flora que nos presenta es abigarradamente mitológica
y alocada; una proposición vegetal que conmina a la disolución
de todas las Enciclopédicas Academias de Botánica.
Sus monstruos “terribles”,
llenos de escamas, pelos y “temibles” garras
(en especial sus nostálgicos dragones), atentan
—dentro de los pequeños formatos de la obra de Felicity—
contra toda Ley de Gravedad
...y contra toda gravedad humana circunspecta.

(Es por esto que apenas que la materia vital del ensueño,
sea decantada, manoseada por las *cultas damas de la promoción*,
el mercado grosero, el estrecho criterio del político en turno,
—ungido como rector universitario, censor o ministro de cultura).

El contenido narrativo de estas imágenes, no convoca ritual
o iniciación alguna que nos aleje de la realidad, sencillamente
—por lo *fantástico* de sus formas— invita a contrastarnos
en la experiencia lúdica, para cobrar el aliento suficiente
que nos rescate (o nos aleje) de la desesperanza;
de la ruina sembrada en la infancia, acaso; del desamor. . . tal vez.
Todos estos arabescos constituyen el soporte grácil de un mundo
optimistamente risueño, que incita a elevarnos sobre los muros
del miedo y las fronteras del terror, para desafiar
las imágenes alienadas del entorno cotidiano.

Jorge Silva Izazaga







TRES NOCTURNOS
Córdova Iturburu

Ilustrados con tintas de Andrés Weissman



NO, LA MUERTE NO ES...

No, la muerte no es la helada losa,
el gran silencio o la callada herida
por donde huye la vida
a la lenta tiniebla sigilosa.

No es esa mar de sombra, dispendiosa,
que el alma, vana luz, surca perdida.
La muerte es esta opaca despedida
de irle diciendo adiós a toda cosa.

Muero cuando una tarde se me muere,
cuando muere una noche, si se aleja
de mi mano otra mano, si me hiere

con un adiós la dicha que me aqueja.
Muero en mi corazón cuando se muere
el mundo en cada cosa que me deja.



PALABRAS EN LA MUERTE DE ANTONIO MACHADO

Doblado de dolor traspone el mundo
—a él le dolía de verdad España—
muda su voz en que la austera piedra
y el pardo yermo de Castilla hablaban.

Doblado de dolor entra en el tiempo.
En el hueco del pecho mano pálida
y en la flaca mejilla envejecida
el doble derrotero de las lágrimas.

Coronado de espinas y laureles
entre espectros inmóviles avanza.
Un desgarrado ejército de muertos
—doble fila entre ruinas— presenta armas.

Y detrás del honor de los fusiles
—niños, mujeres—
la multitud de mártires lo aclama.



FLORES EN LOS FUSILES

Por el Paseo de la Castellana, rumbo al frente, marchaba la brigada levantina. Envueltos en el viento ardiente de la muchedumbre, con el corazón encogido, nosotros saludábamos su lento paso acompañado. Una fiesta de colores, sorprendente, flotaba sobre los verdes cascos de combate. Los soldados enarbolaban flores en el cañón de sus fusiles.

¿Oyó silbar una granada?
¿Vio entre los niños el obús del crimen?
¿Calles anduvo de ceniza y polvo?
Pero ellos llevan flores en los fusiles

¿Escuchó las sirenas del espanto?
¿Vio de rodillas algún pueblo triste
llorar un llanto que atraviesa el tiempo?
Pero ellos llevan flores en los fusiles.

¿Vio hendidos techos, mutilada estatua,
alcoba desventrada y las raíces
de un árbol insultando al cielo impávido?
Pero ellos llevan flores en los fusiles.

¿Oyó el redoble en el espacio tenso
del avión que la mujer maldice
con ojos secos de contar sus muertos?
Pero ellos llevan flores en los fusiles.

¿Sintió el hedor pringoso de los muertos
en sus ropas pegarse y sus narices
para no abandonarlo hasta la muerte?
Pero ellos llevan flores en los fusiles.

¿Vio el esqueleto de una aldea, vio
la pierna de mujer hasta la ingle
a cien metros del yeso de su vientre?
Pero ellos llevan flores en los fusiles.

¿Vio reír a la muerte a carcajadas,
a carcajadas en la mueca horrible
de una cara sin boca que se pudre?
Pero ellos llevan flores en los fusiles.

El tambor imperioso los martilla,
ondea al viento la bandera triste
y un verano de muerte los corona.
Pero ellos llevan flores en los fusiles.

Madrid, 1937



"SEGUNDA ORACION"

Hazme de ti, estírame a tu lado
y así —endiablados o locos— partamos
hacia el camino rústico y apartado de todo.
Persígueme
y dóblame, posesiónate de mi piel que está prendida
en tus humeantes, modélicos pezones, que está prendida
al resuelto, coríntico enhebrarse
de tus manos intactas.
Perfúmame
entre aquella y la otra gaviota y lánzame
a la mar
a perseguir espasmos —los tuyos—
en los que nada sienta excepto la mirada de los lejanos
y embarullados
colores de tu iris.
Cuéntame
las gotas de mi esperma cuando se derrama
en las rosadas galerías de tu sexo y mírame con tus ojos
de ayer,
de antesdeayer,
para sentirme como un recién nacido que aspirase
a mamar de tus dos tetas.
Oyeme
ahora que estoy así, como lejano, inhábil, zozobran-
te.
Ahora que se abren ante mí las puertas de los manicomios
y rezan tranquilos y silentes los cuernos
de los minotauros.
Persígueme
y alienta —participación inhóspita de tus labios—
lo rojo de tu boca
en la suspensión de mi lengua de muerto.
Llórame
como si fuese un raro peón de un ajedrez inútil
y juega
a poner al rey fuera de combate —en su ocio preparado—
en las sesenta y cuatro casillas de un tablero.
Repícame en campanario mástil
de una iglesia no hecha, de una catedral arrepentida
de tanta piedra histórica.
Bésame
como a una religión;
ámame
como un tragal ama a los viejos trillos
o igual que un amante
ama
a su mejor amante.
Sílbase,
describeme
estreméceme.
rubricame. . .

EL MAMIFERO HIPOCRITA IV



Fredo Arias de la Canal



Y, ¡Qué lástima
que yo no tenga siquiera una espada!

León Felipe

En el ensayo **El mamífero hipócrita III**, observamos las razones históricas, orales y telúricas que han inducido a los españoles a la condensación del significado de los verbos fastidiar y fornicar, en el de joder. Por lo tanto ya no nos puede extrañar que la palabra del castellano antiguo **fonta**, derivada del latín **fontana** o sea fuente, haya significado **ultraje** en su época. Se comprueba que los españoles asocian el acto venéreo a la frustración, ya bien desde el ángulo oral o desde el sexual.

Por lo general cuando un pueblo adopta una palabra o una letra como si fuera un fetiche, se debe a razones diversas y no sólo a una. Como ejemplo tenemos la S que usaban los españoles de siglos pasados —que hoy nos da idea de una f por lo larga—, que más se parece a uno de los símbolos zoofóbicos del pezón materno que mata de sed, devora y envenena: la serpiente, que a una letra normal. Esta es una razón psicológica que podrá ser reforzada por otras que ignoro. En su ensayo **Las identificaciones básicas acertadas y equívocas** (1945), Edmundo Bergler consignó el caso de un individuo con una severa adaptación inconsciente a la pasividad oral:

“Un paciente tenía una forma muy peculiar de escribir la letra mayúscula S. La escribía como si dibujara una gran serpiente. Le gustaba mucho escribir la letra y daba la impresión de que comenzaba sus cartas con “Querido Señor”, en lugar de “Querido fulano”, simplemente para usar su letra favorita, frecuente y notoriamente. Durante el análisis se observó que había adoptado esta S al imitar a un director de escuela de su época universitaria, cuyo nombre se iniciaba con S y quien escribía esta letra de la misma forma.”

Las incógnitas que no puede resolver el psicoanalista, las resuelve el juglar del inconsciente: el poeta. Salvador Rueda (1857-1933), en su poema **Silabarios errantes** intuyó el vínculo entre los símbolos zoofóbicos del pezón materno asesino y los signos orales de la escritura:

¿Por qué se embellecen de tonos gentiles
las letras de escamas, si son de reptiles,
y, en cambio, no lucen sublimes colores
las letras de plumas, si son ruiséñores?
¿Por qué el pez idiota se viste iniciales
que son como acordes de letras triunfales,
y en su curva espalda la serpiente lleva
su tipografía policroma y nueva,
y el tosco lagarto desata entre el día
sus letras brillantes de real pedrería?

Examinemos otro fetiche familiar que parece una incógnita algebraica. El hecho de que la X se haya convertido en un fetiche para la mayoría de los mejicanos contemporáneos, puede deberse a varias razones:

1) Lo más antiguo es lo más noble, y la X la usaron los primeros castellanos que llegaron a América.

2) Puesto que México es un país independiente, se arroga el derecho de escribir su nombre distintamente de como se pronuncia en castellano, aunque lo siga pronunciando igual.

3) El cristianismo recalcitrante de los mejicanos les ha hecho estampar la cruz del calvario en el nombre de su país, como un símbolo de su masoquismo que hace las veces de un amuleto protector contra los infortunios.

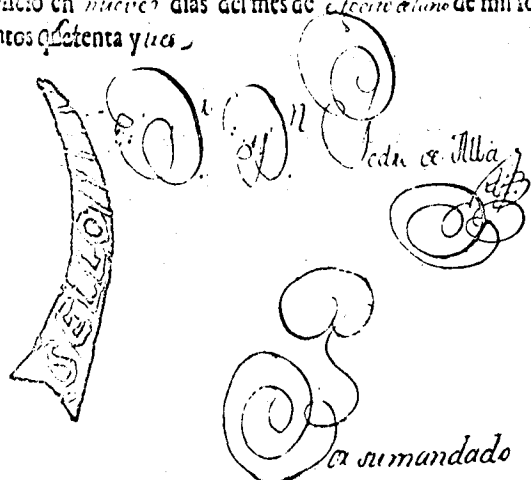
4) El uso de la X también fue de la preferencia del Imperio. A los anglosaxones se les dificultaba la pronunciación de la J, y por esta razón se la quitaron a Béjar, dejándolo con el nombre de Bear county. A Tejas, Nuevo Méjico, y a Tasco y Oajaca se les estampó el hierro de la X como si fueran cabezas de ganado.

Quizá Gutierre Tibón conozca otras razones poderosas para la creación de este fetiche. El hecho de que la X del siglo XVI se pronunciara como la SH de meshica, también pudo influir. ¡Cuán tradicionalista es este país de “revolucionarios”!

Mas dejemos que un gran poeta mejicano ofrezca una razón de tipo oral para el arraigo del fetiche. Alfonso Reyes (1889-1959), en **Ifigenia cruel** dijo por boca de su heroína:

En este documento del siglo XVIII se podrá advertir la desproporción de la S que parece una f.

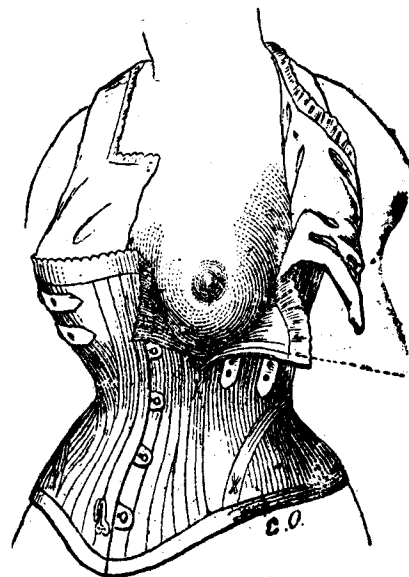
lebo, el diablo metra el dedo, &c. con las demas pellos acostumbradas, Dada en nuestro Procto Medicato de Madrid, firmada de nuestro nombre, y sellada con el fello de nuestro Oficio en *nueve* dias del mes de *Agosto* de mil setecientos *quarenta y tres*.



¿Y para quién habías de desatar la equis de tus brazos cintos y untados como atroces ligas al tronco, por entre los cuales puntean los cuernecillos numerosos de tu busto de hembra de cría?

Ahora adentrémonos en el estudio de un fetiche que fue de desmesurada importancia para los pueblos guerreros de la antigüedad. En el ensayo anterior consigné una serie de ejemplos poéticos, en donde se pueden apreciar los simbolismos punzocortantes del pezón materno. Mas, ¿a qué se debe esta concepción infantil espantosa de la experiencia oral? Edmundo Bergler (1899-1962), en su ensayo *Tres tributarios del desarrollo de la ambivalencia* (1948), observó, en algunos casos clínicos, ciertos recuerdos traumáticos que confirman la oralidad de los símbolos punzocortantes:

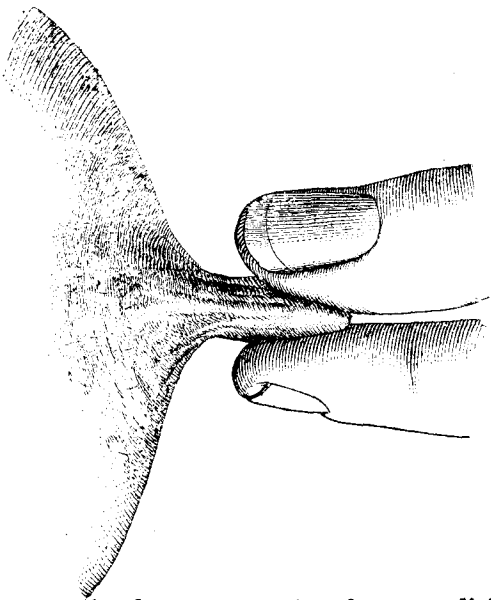
“Algunos niños prefieren aceptar el acto de lactar del pecho o de la botella, como el de una agresión materna; algo así como ser pinchados. La bondad afectuosa la sienten como agresión. Esta concepción, a primera vista parece coincidir con las conocidas observaciones de los colegas ingleses en el sentido de que el infante cree que su madre es cruel, sádica, devoradora, y de que su leche es venenosa; todo como resultado de la proyección de su propia agresividad hacia ella. Mi conclusión, relacionada al desacierto de que ser lactado significa ser penetrado agresivamente el cuerpo, le da una importancia mayor al tiempo que precede a estas proyecciones, y asume que hubo perturbaciones en la fantasía de omnipotencia del niño. Me parece que esta extraña distorsión de la realidad tiene mucho que ver con la inhabilidad de madres y nodrizas, quienes, en ocasiones, empujan el pezón violentamente en la boca del niño. El bebé en un principio, cree que el pezón o su sustituto son partes de su propio cuerpo (Freud, Ferenczi). En otras ocasiones la criatura se percata de que estos objetos se separan, que están fuera de su cuerpo y por lo tanto sin control, que son frustrantes, y en última instancia, de que penetran agresivamente. El lactante se siente una víctima y reacciona, mordiendo el pezón, rechazándolo, escupiendo, vomitando y llorando. Por lo general, las gratificaciones libidinosas de chupar y de alimentarse prevalecen, satisfaciéndose ambas. La psicopatología clínica de adultos durante el análisis, conduce a la reconstrucción de las experiencias infantiles de manera inductiva.”



Si cribamos un poco más los ejemplos del ensayo anterior, notaremos la aparición de la **espada**, simbolizando el recuerdo del pezón materno asesino. Espadas de Publio Ovidio Nasón, Lópe de Vega, Salvador Rueda, César Vallejo, Vicente Aleixandre, Rogelio Buendía y Alicia Reyes. Los poetas españoles siguen creando este símbolo, sin saber por qué, siendo que representa el máximo fetiche de los pueblos guerreros. Mas dejemos que Freud en *Fetichismo* (1927), nos explique la relación entre el trauma oral y el fetiche, entre el pezón materno y el sustituto:

“La explicación analítica del sentido y el propósito del fetiche, demostró ser una y la misma en todos los casos. Se reveló de manera tan inequívoca y me pareció tan categórica, que estoy dispuesto a admitir su vigencia general para todos los casos de fetichismo. Sin duda despertaré decepción si anuncio ahora que **considero el fetiche como un sustituto del pene**, de modo que me apresuro a agregar que no es el sustituto de un pene cualquiera, sino de uno determinado y muy particular, que tuvo suma importancia en los primeros años de la niñez, pero que luego fue perdido. En otros términos: normalmente ese pene hubo de ser abandonado, pero precisamente el fetiche está destinado a preservarlo de la desaparición. Para decirlo con mayor claridad todavía: el fetiche es **el sustituto del falo de la mujer** (de la madre), en cuya existencia el niño pequeño creyó otrora y al cual —bien sabemos por qué— no quiere renunciar. Ya en 1910, en mi estudio sobre *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci*, mencioné esta interpretación sin fundamentarla (...)

“No es cierto que el niño, después de la observación que hace en la mujer, mantenga incólume su creencia en el falo femenino. La conserva, pero también la abandona; en el conflicto entre el peso de la percepción ingrata y el poderío del deseo opuesto, llega a una transacción tal como sólo es posible bajo el dominio de las leyes del pensamiento inconsciente, o sea de los procesos primarios. En el mundo de la realidad psíquica la mujer conserva, en efecto, un pene, a pesar de todo, pero este pene ya no es el mismo que era antes. Otra cosa ha venido a ocupar su plaza, y ha sido declarada, en cierto modo, su sucedánea, y es ahora heredera del interés que antes había estado dedicado al pene. Este interés, empero, experimenta todavía un extraordinario reforzamiento, porque el horror a la castración se erige a sí mismo una



especie de monumento al crear dicho sustituto. Como **stigma indeleble** de la represión operada, **consérvase también la aversión contra todo órgano genital femenino real, lo que no falta en ningún fetichista.** Advuértase ahora qué función cumple el fetiche y qué fuerza lo mantiene: subsiste como un emblema del triunfo sobre la amenaza de castración, y como salvaguarda contra ésta; además, le evita al fetichista convertirse en homosexual, pues confiere a la mujer precisamente aquel atributo que la torna aceptable como objeto sexual. En el curso de la vida ulterior, el fetichista halla aun otras ventajas en su sustituto de los genitales. Los demás no reconocen el significado del fetiche y, por consiguiente, tampoco se lo prohíben; le queda fácilmente accesible, y la gratificación sexual que le proporciona es así cómodamente alcanzada. El fetichista no halla dificultad alguna en lograr lo que otros hombres deben conquistar con arduos esfuerzos.

"Probablemente ningún ser humano del sexo masculino pueda eludir el terrorífico impacto de la amenaza de castración, al contemplar los genitales femeninos. No atinamos a explicar por qué algunos se tornan homosexuales a consecuencia de dicha impresión, mientras que otros la rechazan, creando un fetiche, y la inmensa mayoría la superan. Es posible que entre los múltiples factores coadyuvantes, aún no hayamos reconocido aquellos que determinan los raros desenlaces patológicos; por lo demás, debemos darnos por satisfechos si logramos explicar qué ha sucedido, y bien podemos dejar por ahora a un lado la tarea de explicar por qué algo no ha sucedido.

"Cabría esperar que los órganos y los objetos elegidos como sustitutos del falo femenino ausente, fuesen aquellos que también en otras circunstancias simbolizan el pene. Es posible que así sea con frecuencia, pero este no es, por cierto, su factor determinante. Parece más bien que el establecimiento de un fetiche se ajusta a cierto proceso que nos recuerda la abrupta detención de la memoria en las amnesias traumáticas. También en el caso del fetiche el interés se detiene, por así decirlo, en determinado punto del camino: **consérvase como fetiche, por ejemplo, la última impresión percibida antes de la que tuvo carácter siniestro y traumático.** Así, el pie o el zapato deben su preferencia —total o parcialmente— como fetiche, a la circunstancia de que el niño curioso suele espiar los genitales femeninos desde abajo, desde las piernas hacia arriba. Como hace ya tiempo

se presumía, la piel y el **terciopelo** reproducen la visión de la vellosozidad púbica que hubo de ser seguida de la vista del anhelado falo femenino; la **ropa interior**, tan frecuentemente adoptada como fetiche, reproduce el momento de desvertirse, el último en el cual la mujer podía ser considerada como fálica. No pretendo afirmar, empero, que siempre sea posible establecer la determinación de cada fetiche."

En el romance de **Una gentil dama y un rústico pastor**, se observa claramente el fenómeno del fetiche sexual:

Estase la gentil dama
paseando en su vergel,
los pies tenía descalzos,
que era maravilla ver.
(...)
"el cuello tengo de garza
los ojos de un esparver,
las teticas agudicas,
que el brial quieren romper."

Que los pechos de la mujer hayan sido siempre el fetiche sexual más evidente, tiene razones orales poderosas para serlo. Mas el hecho de que la espada, como símbolo del pecho asesino, sea el fetiche de los pueblos guerreros, denuncia una relación entre la actividad castrense y la histeria. Veamos qué nos dice Paul Tabori en **Historia de la estupidez humana**:

"Ahora nuestro guerrero era invulnerable, y vestía la invencible armadura... Ya podía entrar en batalla. Pero no bastaba gozar de protección. Era necesario destruir al enemigo.

"Aquí entraban en acción las espadas mágicas.

"Las leyendas de la Edad Media abundan en estas **espadas milagrosas**. Apenas había héroe que no poseyera algún arma de este tipo, irresistible e indestructible. La mayoría tenían nombres especiales: Balmung, de Sigfrido; Durlindana, de Rolando; Escalibor, del Rey Arturo; Joyeuse, de Carlomagno; Courtin, de Ogier; Haute Clere, de Oliviero... y así por el estilo. Y quienes se hacían eco de las leyendas, no se detenían a pensar que las virtudes marciales y el coraje guerrero de los héroes perdían por lo menos el cincuenta por ciento de su valor, pues los triunfos eran mérito principal de sus respectivas espadas.



"Con el fin de forjar una espada de esta clase, era preciso combinar ciertos elementos más o menos horribles.

"Era indispensable que la hoja hubiera servido ya para matar a un hombre. La vaina debía forjarse con el rayo de una rueda que el verdugo hubiese usado para romper los huesos de un condenado. Se fabricaba la empuñadura con el hierro de una cadena utilizada en un ahorcamiento. Debía forrarse la vaina con tela empapada en sanguis menstruus primus virginis. . . En fin, y sin necesidad de que ofrezcamos mayores detalles, el lector advertirá que la receta parecía la obra de un desequilibrado."

El romance *De la prisión y destierro de don Reinaldos y de cómo desterrado vino a ser el emperador de Trapisonda*, comienza así:

Ya que estaba don Reinaldos
fuertemente aprisionado,
para haberlo de sacar
a luego ser ahorcado,
porque el gran emperador
así lo había mandado,
cuando llegó don Roldán
de todas armas armado,
en el fuerte Briador
su poderoso caballo,
y la fuerte Durlindana
muy bien ceñida a su lado,
la lanza como una antena,
el fuerte escudo embrazado,
vestido de fuertes armas
y él con ellas encantado.

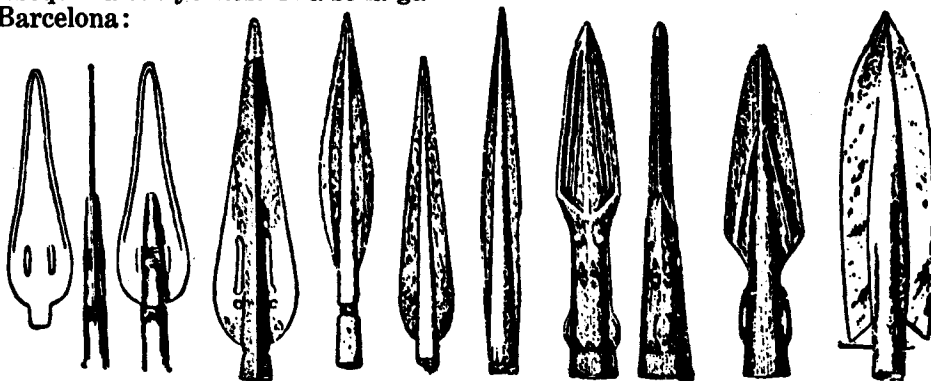
En *La afrenta de Corpes*, del *Cantar de mio Cid*, se desenvuelve la trama en torno a las espadas que el Campeador obsequió a sus yernos. Una se la ganó al conde de Barcelona:

Mio Cid alcanzó a Búcar
a tres brazas de la mar.
alzó en alto su Colada
y tan gran golpe le da
que los carbunclos del yelmo
todos se los fue a arrancar;
cortóle el yelmo y con él
la cabeza por mitad:
hasta la misma cintura
la espada logró llegar.
Así mató el Cid a Búcar,
aquel rey de allende el mar,
por lo que ganó a Tizón,
que mil marcos bien valdrá.
Venció así la gran batalla
maravillosa y campal,
honrándose así mio Cid
y a cuantos con él están.

Freud, en el capítulo *Actos sintomáticos y casuales*, de su libro *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901), consignó el sueño de una paciente:

"Después apareció en el análisis el recuerdo de un sueño, del que ya hemos tratado por extenso en otro lado, sueño de clara naturaleza homosexual-masoquista, en el cual un hombre, figura sustitutiva del médico, atacaba al soñador con una "espada". Esta le recordó una parte de la saga nibelúngica en la que Sigurd coloca su espada desnuda entre el y la dormida Brunilda. Igual situación aparece en la saga de Arthus, también conocida por el sujeto de este ejemplo."

Es interesante advertir rastros de la *Canción de los Nibelungos*, en el romance de Gerineldo, debido esto a la memoria reprimida del pezón maligno, simbolizado en la espada:





Buscaba el Rey las espadas,
 las espadas de más filo:
 cogiera el Rey la dorada
 y echó a andar por el castillo.
 Topó con los dos durmiendo
 como mujer y marido.
 Alzó los ojos al cielo,
 y dijo: «¡Válgame Cristo!
 Yo si mato a la Infantina,
 mi reinado está perdido;
 y si mato a Gerineldo...
 ¡criélo desde chiquito!
**Pondré la espada entre ambos
 y ella será fiel testigo.»**
 Con el frío de la espada
 la Infanta ha espavorecido.
 —Levántate, Gerineldo,
 que los dos somos perdidos;
**ve la espada de mi padre
 que entre los dos la ha metido.**
 Márchate sin que te sientan
 por el mi jardín florido,
 y escóndete entre las ramas
 para no ser conocido.
 Con el buen Rey se topara
 en el medio del camino.
 —¿Tú que tienes, Gerineldo,
 que vienes descolorido?
 —Perdiera un cofre la Infanta
 y a mí me lo habían pedido.
 —Dese cofre que tu dices,
 mi espada será testigo...

En *Letrillas*, Luis de Góngora (1561-1627), alude a la leyenda babilónica de Píramo y Tisbe, en donde el símbolo del pezón materno asesino también está presente:

Pues amor es tan cruel,
 que de Píramo y su amada
hace tálamo una espada,
 do se juntan ella y él.
 Sea mi Tisbe un pastel
 y la espada sea mi diente
 y ríase la gente.

No deja de tener un interés psicológico el que tales espadas tuvieran una canal a lo largo, por la cual podía correr la sangre del enemigo hasta manchar el brazo del agresor. El pezón drenante estaba mejor simbolizado en estas espadas, que

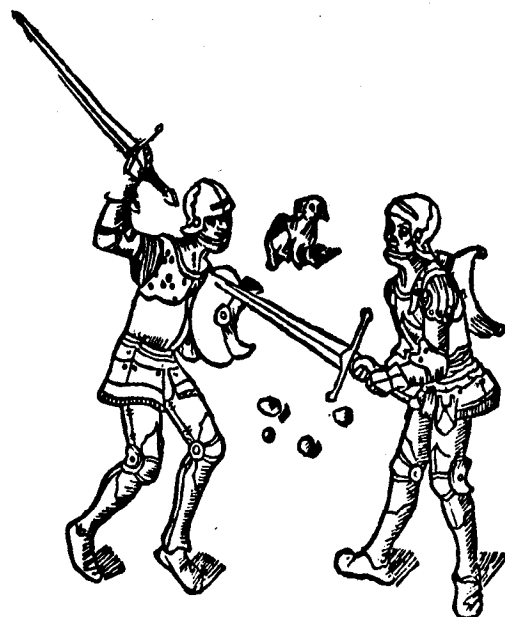
eran el despojo más codiciado por los vencedores. En el romance de *Oh Belerma* se trovó metafóricamente:

¡Oh mi primo Durandarte!
 ¡primo mío de mi alma!
¡espada nunca vencida!
 ¡esfuerzo do esfuerzo estaba!
 ¡quien a vos mató, mi primo,
 no sé por qué me dejara!

Para darnos una idea de la importancia que ejerció la espada en Hispania, tomemos este fragmento de *Primera Crónica General* de Alfonso el Sabio:

“E nos por ende toviemos por bien sobresta razón de poner agora aqui los nombres de los reys godos que morieron a espada o en otra manera desguisada: Adaulfo, rey de los godos, fué muerto a traición en Barcelona, et matol un su vasallo o seie fablando en su solaz; a Sigerico otro si mataron le sus vasallos; Turismundo fué muerto en Tolosa et matol un su sergent por consejo de su hermano; a Teoderigo matol su hermano Eurigo; a Amalarigo mataron le sus vasallos en Narbona estando en medio de la plaza; a Teudio matol uno, que se facie sandio por tal de haber entrada a éll; a Teodisco matol un su vasallo en Sevilla o seie comiendo; a Agila mataronle sus vasallos en Merida; Leovegildo mato a su fijo Ermenegildo por que non querie consentir en éll en su heregia; Luiba, fijo del rey Recaredo, matol Viterigo a traición; a Viterigo mataron unos que se yuraron contra éll, o seie comiendo; a Vitiza cegol el rey Rodrigo; al rey Rodrigo cuedan quel mato el cuende Iulian; Fruela mató a su hermano Vimarano con sus manos —et esto viene adelante aun en la estoria— e después sus vasallos mataron a Fruela en Canegas por venganza dell hermano.”

Los godos cristianos del siglo IX le llamaban Spania al territorio que el sarraceno les había arrebatado a sus abuelos; mientras que los moros llamaban al-Andaluz al territorio que señorearon durante siete siglos. El primer nombre se asemeja más al Hispanie de los romanos que al España del siglo XIII que, a mi ver, ya estaba influido por el fetiche. Hubiera sido un acaecimiento feliz, por lo autárquico, que a la península se la hubiera denominado Espada en lugar de adoptar el apelativo provenzal: Espagna o España. Mas los hombres como los pueblos, se llaman como los apellidan



¿De qué oscuros laberintos genéticos habrán surgido en Jorge Luis Borges su proclividad para fetichizar la espada en su poema **Fragmento**?:

otros hombres y otros pueblos. Otra de las palabras que debió influir en la forja del nombre actual es: **fazaña**, hazaña, que condensándola con **espada**, nos disipa las dudas. Exhibamos este fragmento del **Poema de Fernán González**:

Ovo nombre Fernando [esse] conde prymero,
nunca fue en el mundo otro tal cavallero,
este fue de los moros vn mortal omicero,
dizien le por sus lides el vuytrre carnicero.

Fyzo grrandes batallas con la gent descreyda,
e les fyzo lazar a la mayor medida,
ensancho en Casty [e] lla vna [muy] grran
([d] partyda,
ouo en el su tienpo mucha sangre uertyda.

El conde don Fernando con muy poca conpanna
—en contar lo que fyzo semejaría fazanna—,
mantovo syenpre guerra con los rrey[e]s d'Es-
(panna,

Observemos la aparición del fetiche español en las visiones de persecución de Teresa de Ávila (1515-1582):

“Vime estando en oración en un gran campo a solas: en derredor de mí mucha gente de diferentes maneras que me tenían rodeada: todas me parecen tenían armas en las manos para ofenderme, unas lanzas, otras espadas, otras dagas y otras estoques muy largos. En fin, yo no podía salir por ninguna parte, sin que me pusiese a peligro de muerte, y sola, sin persona que hallase de mi parte. Estando mi espíritu en esta aflicción, que no sabía qué me hacer, alcé los ojos al cielo, y vi a Cristo (no en el cielo, sino bien alto de mí en el aire) me tendía la mano hacia mí, y desde allí me favorecía, de manera que yo no temía toda la otra gente, ni ellos, aunque querían, me podían hacer daño.”

Mil años después de ocurridas las hazañas del espada castellano Fernán González, elevó la siguiente queja Antonio Machado (1875-1938), en su poema **A orillas del Duero**:

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto
(ignora.
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre
(derramada
recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?

Una espada,
Una espada de hierro forjada en el frío del
(alba,

Una espada con runas
Que nadie podrá desoír ni descifrar del todo,
Una espada del Báltico que será cantada en
(Nortumbria,

Una espada que los poetas
Igualarán al hielo y al fuego,
Una espada que un rey dará a otro rey
Y este rey a un sueño,
Una espada que será leal
Hasta una hora que ya sabe el Destino,
Una espada que iluminará la batalla.

Una espada para la mano
Que regirá la hermosa batalla, el tejido de
(hombres,

Una espada para la mano
Que enrojecerá los dientes del lobo
Y el despiadado pico del cuervo,
Una espada para la mano
Que prodigará el oro rojo,
Una espada para la mano
Que dará muerte a la serpiente en su lecho
(de oro,

Una espada para la mano
Que ganará un reino y perderá un reino,
Una espada para la mano
Que derribará la selva de lanzas.
Una espada para la mano de Beowulf.

Lo extraño es que mientras Borges utiliza la espada para combatir a sus símbolos zoofóbicos, León Felipe la toma para defenderlos. En su poema **El emperador de los lagartos**, dijo:

Si no hubiésemos dejado de soñar,
Segismundo, y alguien después de ti
hubiese definitivamente dado
el grito subversivo de ¡Arriba, arriba los
(lagartos!

¿Si tú y yo, el místico, el biólogo,
el psicólogo y el matemático
ya hubiésemos sacado nuestra espada
para defender a los lagartos?



Quizá los abuelos hispanos de Borges sigan
blandiendo la espada junto con los de Nortumbria,
y todos la hayan trocado en América por el puñal.
Contemplemos su poema **El tango**:

¿Dónde estarán?, pregunta la elegía
De quienes ya no son, como si hubiera
Una región en que el Ayer pudiera
Ser el Hoy, el Aún y el Todavía.

¿Dónde estará (repito) el malevaje
Que fundó, en polvorientos callejones
De tierra o en perdidas poblaciones,
La secta del cuchillo y del coraje?

¿Dónde estarán aquellos que pasaron,
Dejando a la epopeya un episodio,
Una fábula al tiempo, y que sin odio,
Lucro o pasión de amor se acuchillaron?

Los busco en su leyenda, en la postrera
Brasa que, a modo de una vaga rosa,
Guarda algo de esa chusma valerosa
De los Corrales y de Balvanera.

¿Qué oscuros cajellones o qué yermo
Del otro mundo habitará la dura
Sombra de aquel que era una sombra oscura,
Muraña, ese cuchillo de Palermo?

¿Y ese Ihera fatal (de quien los santos
Se apiaden) que en un puente de la vía,
Mató a su hermano el Nato, que debía
Mas muertes que él, y así igualó los tantos?

Una mitología de puñales
Lentamente se anula en el olvido;
Una canción de gesta se ha perdido
En sórdidas noticias policiales.

Hay otra brasa, otra candente rosa
De la ceniza que los guarda enteros;
Ahí están los soberbios cuchilleros
Y el peso de la daga silenciosa.

Aunque la daga hostil o esa otra daga,
El tiempo, los perdieron en el fango,
Hoy, más allá del tiempo y de la aciaga
Muerte, esos muertos viven en el tango.

En la música están, en el cordaje
De la terca guitarra trabajosa,
Que trama en la milonga venturosa
La fiesta y la inocencia del coraje.

Gira en el hueco la amarilla rueda
De caballos y leones, y oigo el eco
De esos tangos de Arolas y de Greco
Que yo he visto bailar en la vereda,

En un instante que hoy emerge aislado,
Sin antes ni después, contra el olvido,
Y que tiene el sabor de lo perdido,
De lo perdido y lo recuperado.

En los acordes hay antiguas cosas:
El otro patio y la entrevista parra.
(Detrás de las paredes recelosas
El Sur guarda un puñal y una guitarra.)

Esa ráfaga, el tango, esa diablura,
Los atareados años desafía;
Hecho de polvo y tiempo, el hombre dura
Menos que la liviana melodía,

Que sólo es tiempo. El tango crea un turbio
Pasado irreal que de algún modo es cierto,
Un recuerdo imposible de haber muerto
Pealeando, en una esquina del suburbio.

Fredo Arias de la Canal



Carlos Castilla del Pino y el psicoanálisis en España

FREUD EN ANDALUCIA

Blas Matamoro

A los 54 años, Carlos Castilla del Pino es, casi sin discusión, la mayor figura del psicoanálisis en España. No es poco mérito serlo en un país que hasta hace una década, o menos, había exorcizado a las doctrinas freudianas, por boca de funcionarios oficiales, como a un producto demoníaco del "progresismo". Ya *La Opinión Cultural*, en su entrega del 14 de diciembre de 1975, incluyó una entrevista a Castilla del Pino efectuada por Leiser Madanes, en la que el médico español desplegaba una ácida y aguda visión de su país. Ahora vuelve a dialogar con él Blas Matamoro, corresponsal de *La Opinión* en España, y el tema es, en esta oportunidad, el itinerario nada cómodo ni respetable que el psicoanálisis debió transitar en tierras hispanas, hasta alcanzar su difusión actual, aún no generalizada.

En algún texto de su vejez, Sigmund Freud compara al aparato psíquico, con una de esas viejas ciudades en que varias poblaciones diferentes han ido superponiendo diversos asentamientos, de modo que unos sirven de cimiento a los otros. En el subsuelo de una casa se encuentra, sorpresivamente, el solado de otra. Una pared puede asentarse sobre una enfilada de columnas.

Quizá pocas ciudades tengan, en este sentido, un aire tan freudiano como Córdoba, en Andalucía, donde vive Carlos Castilla del Pino. Su profesión de psiquiatra está en perfecto acuerdo con su pasión por los incontables rincones de esa ciudad, en la que las callejuelas moras, porticadas, resueltas en súbitos patios, dan tanta intimidad a la vida de extramuros y un aire, a la vez que tan de zoco tan mercantil, al juego de zaguanes y perspectivas interiores.

Mezclando el deambular por la laberíntica Córdoba, el corresponsal de *La Opinión* en España, deambuló, esta vez metafóricamente, por otro laberinto: el camino histórico del psicoanálisis en España, desde la obra de aquel gran suscitador de curiosidades intelectuales que fue José Ortega y Gasset, hasta el propio Castilla del Pino, quien tiene su capítulo, aún inconcluso, en esa historia fragmentaria, torturada y a veces dramática.

Blas Matamoro: **¿Cuál se puede considerar el punto de arranque del psicoanálisis en España, tanto en su faz clínica como en su aspecto investigativo?**

Carlos Castilla del Pino: Hay un artículo de Ortega, de la década del diez, que ha de ser el primer texto en castellano sobre el psicoanálisis. En el se le considera con cierta ironía. Luego es el mismo Ortega quien recomienda al editor Ruiz Castillo, fundador de la *Biblioteca Nueva*, la edición de las *Obras completas* de Freud, con la tra-

ducción de López Ballesteros, y escribe un prólogo que no ha sido incluido a partir de cierta edición.

En este prólogo, Ortega detecta el carácter genuinamente psiquiátrico de la obra de Freud, lo cual es, epistemológicamente, correcto y muy actual. Por primera vez en la historia de la psiquiatría se había tomado en serio el carácter mental de la enfermedad psíquica, sin reducirla a lo somático. **Con Freud editado por Ortega**, entra en España el psicoanálisis en su doble vertiente: como disciplina médica y como actividad humanística que someterá a crítica una serie de saberes hasta ese momento carentes de una auténtica motivación psicológica.

Pero no se puede hablar de la formación de una verdadera escuela de psicoanálisis española. No obstante, hay una tarea divulgadora del freudismo, paralela a la publicación de las *Obras* de Freud. La cumplen, por ejemplo, Emilio Mira, luego exiliado y con gran repercusión en la psiquiatría latinoamericana; César Juarros, muerto en los años cuarenta, y Gonzalo Rodríguez Lafora, autor del primer trabajo de interpretación psicoanalítica de un caso de paranoia hecho en España, poco después de que Freud publicara su "caso Schreber".

Luego vienen los *Archivos de Neurobiología*, que aún se publican, fundados por Ortega, Lafora y José María Sacristán. Antes de la guerra se publicaron en ellos algunos trabajos de psicoanálisis, entre ellos los primeros de Angel Garma. Fue Garma quien pudo fundar una escuela de psicoanálisis en España, pero se marchó al exilio y aquello lo hizo en Buenos Aires.

Hay que tener en cuenta, además, que las obras de Freud estuvieron prohibidas aquí hasta 1949. En ese año se autorizaron, pero en una edición de mil pesetas los dos volúmenes encuadernados, de

modo que circularon sólo entre una minoría. Ya no se las podía adquirir a cinco pesetas el libro, como antes. **La psiquiatría oficial, fuertemente ideologizada por el franquismo, rechazaba totalmente a Freud.** Bastaba citarlo en una conferencia o en unas oposiciones, para quedar automáticamente marginado.

—Volviendo a los comienzos, ¿cómo se concilió, si es dable hablar de conciliación, la psiquiatría tradicional con el psicoanálisis?

—La vieja escuela de investigación eurológica de Ramón y Cajal, tenía una fuerte impregnación positivista, muy lejos de lo que venía a proponer Ortega, pero no tan lejos de lo que proponía el propio Freud. Tanto Lafora como Sacristán o Prados Such (hermano del poeta Emilio Prados) fueron investigadores de histología nerviosa y de patología del cerebro. Pero Freud también partió de allí. La prueba es que Cajal cita a Freud en su **Histología del sistema nervioso**, a propósito de los primeros trabajos freudianos sobre la médula de las lampreas. Y luego la teoría freudiana de la libido tiene un fuerte componente positivista.

—¿Había algún contacto con la Sociedad psicoanalítica de Viena?

—Muy esporádicamente Sarró, por ejemplo, que estudió en Viena. El mismo Rof Carballo estuvo allí aprendiendo medicina interna, pero sin enterarse del psicoanálisis. En los años cincuenta vino, a España, Margarita Steinbach. Fue una nueva corriente de penetración psicoanalítica, pues ella hizo el análisis didáctico de algunos profesionales que luego adoptaron el psicoanálisis como método clínico.

—Entonces, ¿cómo hacía un estudiante de medicina, con inquietudes psicoanalíticas, para formarse en esos años?

—Era francamente difícil. Cuando yo me recibí, en 1945, terminó la guerra. En España no había una peseta y Europa se moría de hambre. Las revistas alemanas, por ejemplo, nos pedían a los suscriptores que les enviáramos el papel sobrante en nuestras casas, para que pudieran seguir saliendo. De modo que, si agregamos a esto la censura, se advierte que la tarea tenía que ser autodidáctica, solitaria, con un riesgo propio de mercado negro del libro, lo que a veces recuerdo con nostalgia. Tengo en mi biblioteca no menos de quinientos títulos, comprados en la cuesta de Claudio Moyano o en la calle de los Libreros casi clandestinamente. A veces eran las bibliotecas de

los exiliados, que se vendían por kilo de papel en el Rastro, sin saberse que, gran parte, eran libros prohibidos por la censura. Otras, ventas a clientes muy de confianza, como si se tratara de incunables. Piense que estaban en interdicto Thomas Mann, James Joyce, Marcel Proust, Gustave Flaubert...

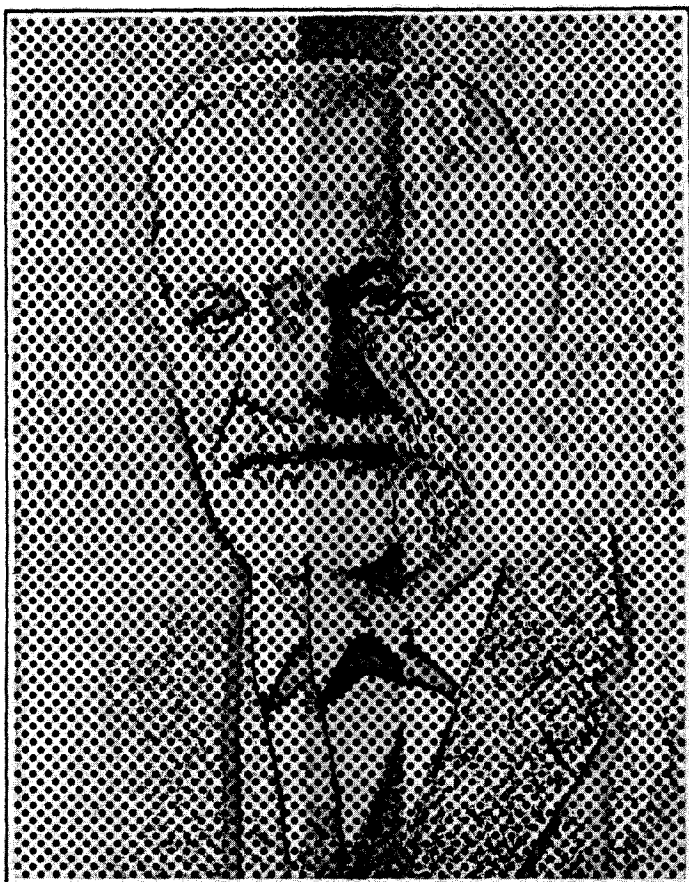
—¿Cuáles eran los principios teóricos de la psiquiatría oficial?

—Muy curiosos. Acabo de hacer un estudio sobre el tema, de modo que lo tengo muy fresco. La base filosófica de la psicopatología era el tomismo, pero con mezcla de las corrientes eugenésicas del pensamiento nazi. De modo que, a veces, **la conciliación intentada por autores como López Ibor o Vallejo Nájera, entre la doctrina católica y el racismo nacional-socialista, se tornaba muy difícil.** Más fácil era decir, como se llegó a escribir, alguna vez, que la angustia se cura con la gracia divina. Es claro que también estaban la insulina y el electroshock, introducidos por 1943 o 1944. Y allí el conflicto era más dramático, pues ¿cómo aceptar un esquema tan mecanicista y de grosero materialismo como el de esta quimioterapia y, al mismo tiempo, sostener la existencia del alma?

—Pasemos al caso Castilla del Pino...

—El mío es un caso aislado, pues la generación que asumió el psicoanálisis es la posterior a la nuestra. Yo tuve la fortuna, en 1933, a la muerte de mi padre, de caer en manos de un preceptor, Federico Ruiz Castilla, un hombre de la Institución Libre de Enseñanza, quien me hizo leer, en mi adolescencia, a los autores que luego fueron censurados: Ortega, Azorín, Baroja, Marañón, Pérez de Ayala. En mi pueblo, el médico tenía las obras de Freud y me las fue prestando. Leí, uno a uno, los 17 tomos de la Biblioteca Nueva, y los fui anotando en cuadernillos de uso privado. Leí también a Numberg, a Johannes Lange, a Bunke, el gran antagonista del psicoanálisis. Con este bagaje entré en la clínica psiquiátrica de López Ibor, quien me preguntó qué había leído. Le informé, y me dijo: **"De Freud, olvídense. A los demás no los nombre."** Mi caso se parece a tantos otros. No teníamos maestros: los psiquiatras mayores estaban en el exilio o habían sido echados de sus puestos, de modo que no tenían relevancia alguna. Luego, en 1949, vine a Córdoba como director del Dispensario Psiquiátrico y pude trabajar con mi metodología.

—¿Cómo está el psicoanálisis hoy en España?



—A nivel universitario todavía no se puede decir que tenga una vigencia especial. Por ejemplo: el año pasado he dado un curso monográfico sobre Freud en la Universidad de Córdoba, pero en la Facultad de Filosofía. Hay una apertura; pero como todas las libertades de que gozamos en España, se debe en gran medida al caos reinante. Quizá los extranjeros no lo adviertan, pero es así. No nos dan libertades; nosotros nos las tomamos. Ya en el final del franquismo fue así. El desarrollo de la industria editorial, por ejemplo, era incompatible con una censura tan estrecha como la de los años cuarenta. El desarrollo social español en general ya no admitía tanta tutela paternal. Finalmente, está el desborde del aparato: en cierto límite ya es materialmente imposible controlarlo todo. Además están la crisis del pensamiento católico oficial, el auge de otras tendencias, la permeabilidad de las fronteras, los viajes, la suscripción a revistas extranjeras. . . En resumen, si hoy un catedrático quiere explicar a Freud, puede hacerlo, aunque no esté generalizada su enseñanza. La censura tiene caminos más sutiles, como la eterna pregunta: ¿No cree usted que Freud está completamente superado?

—¿En cuanto a la producción psicoanalítica?

—Hay muy poca creatividad psicoanalítica en España. Los psicoanalistas que hay son exclusivamente terapeutas. Pero soy optimista, sobre todo a partir del núcleo de Folch Mateu, en Barcelona, que tiene proyectos de trabajo muy ricos en cuanto a investigación, partiendo de las cuestiones de base, o sea la epistemología. Pero hay un defecto del psicoanalista, que es más universal, y consiste en que la información es hoy muy lagunosa.

—¿Podría hacer un juicio acerca de la creación psicoanalítica en Argentina, partiendo de su experiencia en 1972?

—Creo que sí. Detecté una actitud de humildad que me pareció enormemente fecunda. Habíase superado esa pseudoseguridad prestada que confiere la pertenencia a una comunidad hermética, iniciática, cierta de sí misma. Eran muy receptivos, estaban muy dispuestos a ver cosas. Aunque debo decir que la cultura de los argentinos me pareció un poco de importación y demasiado oral, no sé si demasiado rigurosa. . . Pero lo positivo fue que se pusieran a estudiar sociología, teoría de la comunicación, materialismo histórico. Comprendían que el solo bagaje del psicoanálisis no les servía para entender al mundo social en que estaban



ejerciendo su profesión, y habían decidido ampliar su formación.

—¿Qué está Castilla del Pino elaborando actualmente?

—Acabo de terminar una ponencia para el Congreso de Psiquiatría de Sevilla, de este año. Junto con siete colaboradores hicimos un trabajo sobre **Criterios de objetivación en psicopatología**. Hay una parte dedicada a la epistemología de la psicopatología, otra sobre modelos teóricos y una tercera sobre aplicación de dichos modelos, que son el psicoanalítico, el conductista y el analítico-estructural. A la vez estoy dando un curso sobre teoría de la comunicación, con especial hincapié en los aspectos verbales. Tengo un interés muy acentuado por la problemática del lenguaje en la enfermedad mental. Pensemos, por ejemplo, en que ya Freud advertía que el inconsciente desconoce el "no", el adverbio de negación. Hoy sabemos que el discurso gestual que acompaña al lenguaje del paciente, tampoco lo utiliza, y como que no tiene conjunciones copulativas o adversativas. Desde hace varios años trabajo en un estudio de la psicopatología basada en el discurso del paciente, pero los compromisos circunstanciales atrasan su terminación. Creo que este año concluiré el gran capítulo dedicado al delirio. Después de ver a unos cuarenta mil pacientes, creo poder realizar una puesta a punto de mi experiencia. La magnitud del estudio sobre el delirio, me obliga a publicarlo por separado.

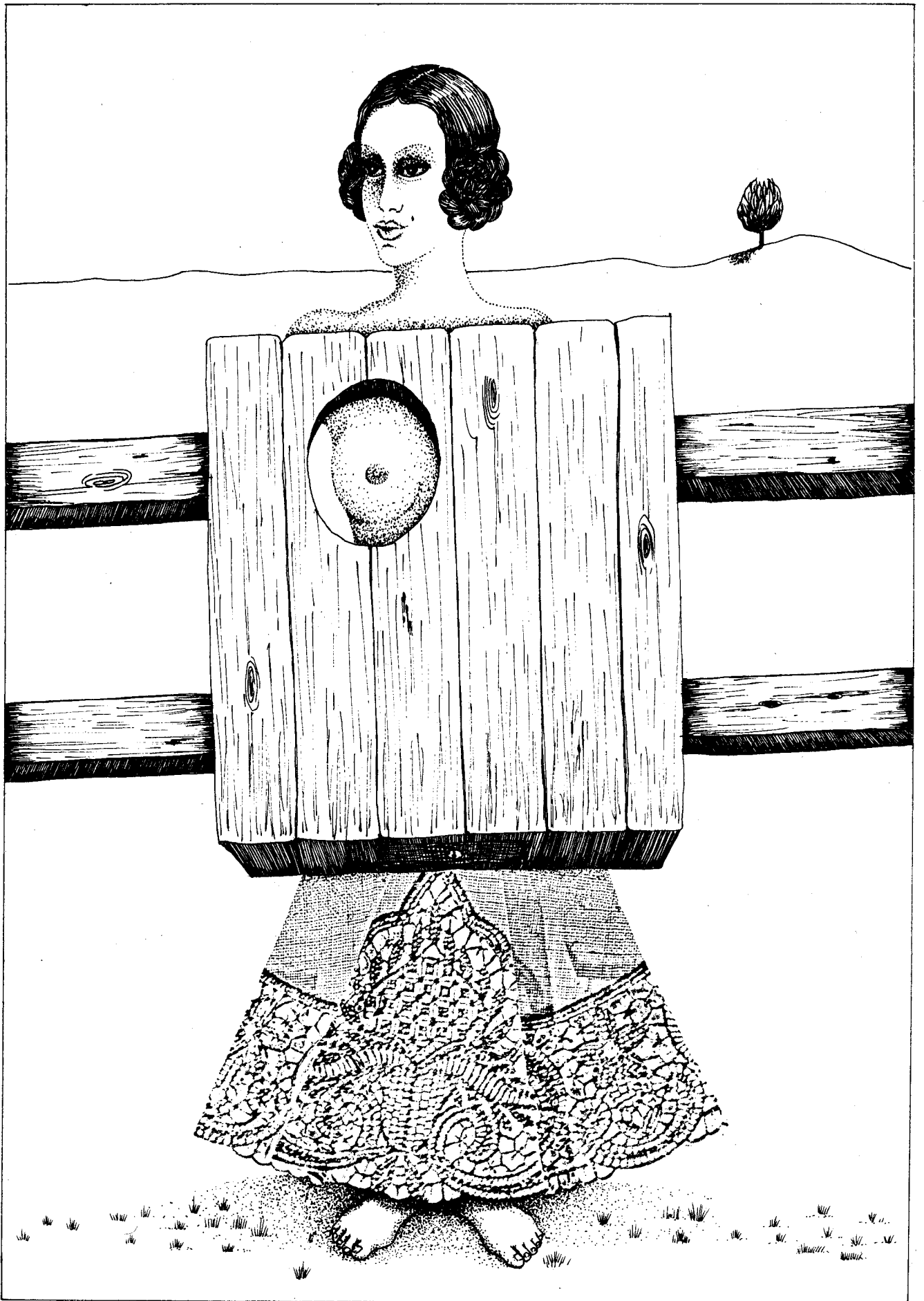
—¿Es el psicoanálisis un buen punto de partida para una nueva antropología?

—Por supuesto. La psicología es una ciencia que está a caballo entre las llamadas ciencias naturales y las denominadas del espíritu. Cuando se vuelca hacia las primeras, se convierte en fisiología del sistema nervioso, de la conducta. Si se vuelca hacia las segundas, queda reducida por la sociología, la psicología social o la antropología, en un sentido genuino de la palabra. Mi esfuerzo está dirigido a construir una psicología autóctona, que se ocupe del **acto de conducta** y pueda prescindir, a nivel inmediato, de la economía política, la fisiología, la sociología, etc. Por acto de conducta entiendo todo acto que posea un sentido. Hay que analizarlo sin mutilar su sentido. Es una vuelta a Brentano. Lo psíquico es "lo dirigido a". No se trata de fines trascendentes, sino del sentido en doble nivel: a nivel consciente, la intención; a nivel inconsciente, el significado, el valor semán-

tico del acto. Se trata de constituir una hermenéutica del acto de conducta.



Blas Matamoro
Copyright La Opinión Cultural, 1977



PEQUEÑA ANTOLOGIA DE JAIME QUEZADA

RETRATO HABLADO

Digo pan
Y la mesa extiende su mantel
Como un cuaderno de dibujo
Y en un abrir y cerrar de ojos
Ya no existe el pan
Ni la mesa
Ni el mantel:
Sólo el retrato hablado de mi hambre.



EPISTOLARIO

Mi primera carta de amor decía:
*Soy un pájaro muerto
Y en tus manos podría revivir
Porque todas las cosas reviven bajo el sol.*

Y la respuesta:
*Soy una niña con la boca abierta
Dispuesta a comerme el mundo
Pero mis dientes todavía son de leche.*

MI LENGUA RESCATA TU LENGUA

1

Vuelco tu palangana
De costado a costado: descubro
Mis sudores, baba
Y arena desprenderse de tu costra:
Dejar el hueco al pez
Que resbala malherido hacia las aguas.

2

A voluntad del viento oeste,
Navegamos:
Roto el velamen, ajados
Pantalón y vestido.
Con un olor a huevo de pájaro guanero
Quebrado por los remos al subir la marea.

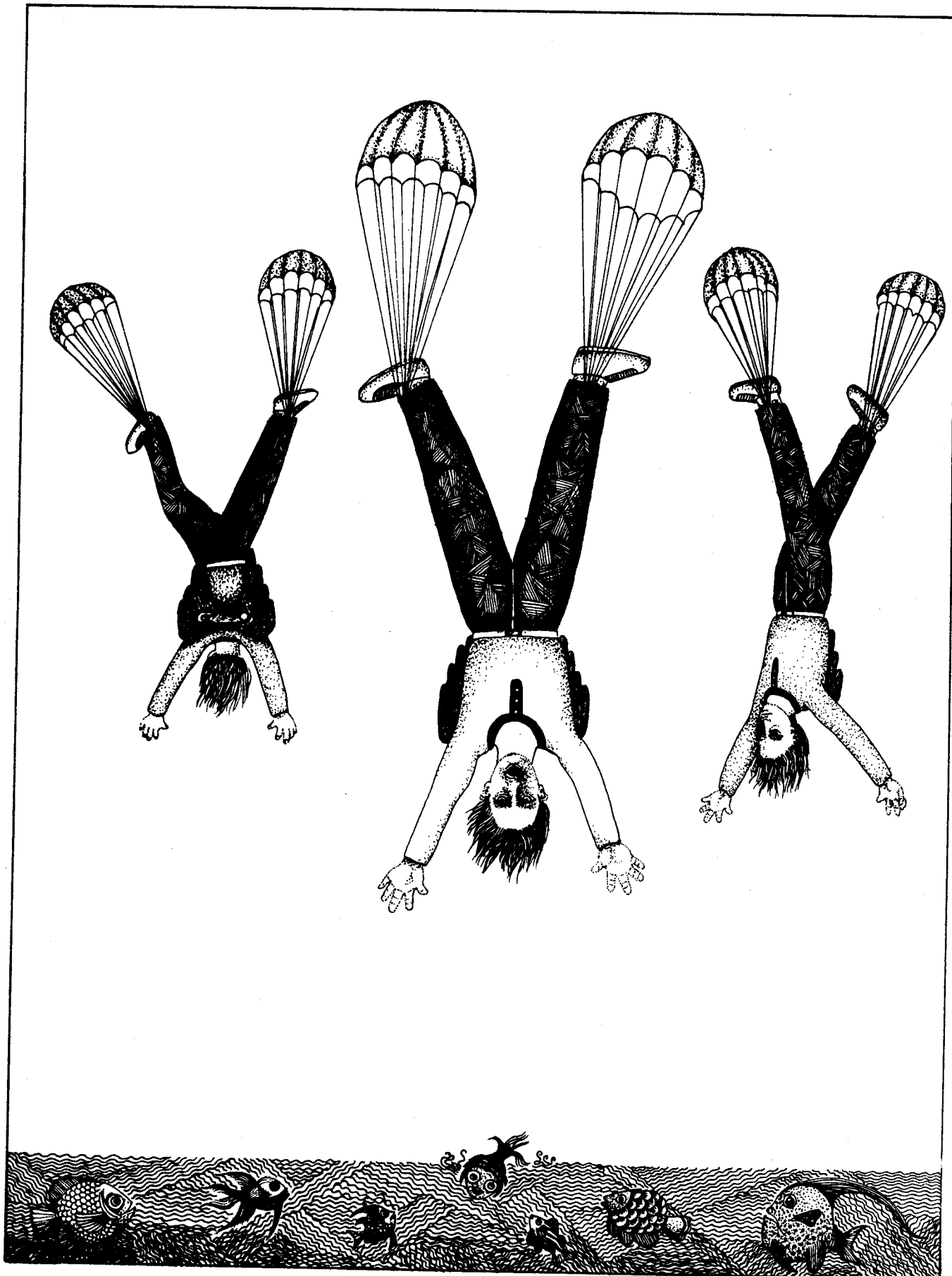
3

Mi lengua rescata tu lengua del naufragio:
La tira a duras penas a un lugar deshabitado.
Entre labios y dientes la seca
Un poco de aire necesario boca arriba.
Limpia tu océano de espumas
Y lentamente la empuja a su concavidad primera.

4

In púribus cerca del oleaje:
Quéjase del pezón mordido por mi rabia.
La rojez mancha curo con salmuera,
Con saliva de rumiante.
Cúbrote con cueros peludos, y animal
Me estiro cerca del oleaje.





Lucio

SUEÑO

Mientras el sol
duerme en su cántaro prehistórico
florece rojizas las higueras
Las aves asustadas
rompen el huevo de sus cantos
Y los muertos desparraman
su aceite por el cielo.

Entonces el hombre lanza su primera piedra
sobre tantos mamíferos indefensos
que durante toda su vida
estuvieron preparándose para este día oscuro.



AUN QUEDAN DOS GOTAS

Aún quedan
dos gotas de parafina
en el estrecho espacio de una lámpara
Y la débil llama
quema el lejano tallo de la noche.

Hay un poco de polvo
en todas las cosas
que el hombre quiere hacer eternas:
en el relincho infinito de un caballo
en la tristeza de un gato muriendo entre las tejas
en el olvidado instrumento que nunca nadie tocará.

Ese polvo vegetal
que mi madre trafa en sus zapatos viejos
después de espantar
los gansos ajenos en el camino.

ESTROFA PARA VIOLETA PARRA

El día que se nos murió la Mujer-Cántaro
Yo estaba en un pueblo del sur
Deshidratándome
Sin saber qué hacer con la guitarra.

JUEGO

En el verano
jugaba con un sol dibujado en la tierra
Y cuando el círculo imperfecto
se llenaba de sombras
el ritual de las luciérnagas
terminaba por asustarme en medio de la noche
Alguien decía
que eran los ojos hinchados de los muertos
alumbrando el vuelo de las lechuzas.

Ese mismo miedo aún no se me borra
Como un badajo
gota a gota sacándome el silencio.

Jaime Quezada

De su libro *Astrolabio*. Editorial
Nacimiento. Santiago de Chile, 1976.



LA TENTACION

Nos habíamos perdido
En el sendero del bosque
Y ella proponía: *desnudémonos*
El lobo pensará que ya somos cadáveres.

PECES

Los peces
llevan en su rosado vientre
agua:
un río pequeño
un puerto fluvial en miniatura.

CLAROSCURO

Antes que llegara la nieve
Me despertó el llanto de un niño
En la pieza vecina
Y pensé que a medianoche
No se distingue el silencio de la leche materna:
Que para el crecimiento
Se necesita también de las palabras.



ANGELICO

Tiéndome en la hierba
Bajo un sol
Sobre la tierra
Los perros olfatean mis axilas
Mi ombligo
Mis genitales
Buscan mis olores
Pero yo huelo a sándalo
A drogas aromáticas
A espíritu
Inmóvil como un tronco
Como una rama
Como un palo seco
Los pájaros se posan en mis rodillas
En mis hombros
En mi cabeza
Picotean mi miga
Mi semilla
Mi grano de mostaza
Quieren cagarme y les sale aire
De las piedras vienen insectos
Atraídos por mis manos
Suben por mis dedos
Se ocultan en mis uñas
Acunan su ano y su lanceta
Sacan mi polen
Mi semen
Mi saliva
Mi canto gregoriano.
El sol se oculta
Mi corazón hace crecer la hierba
Yo voy desapareciendo lentamente en la tierra.

CARTAS DE LA COMUNIDAD

De México, D. F.

En días pasados, deambulando por las librerías de viejo de nuestra ciudad, en mi perenne búsqueda de hallazgos, tuve el primer contacto con esa bellísima publicación vuestra, llamada *Norte*. ¡Cuánta emoción y cuánto cariño de quienes la hacen encontré en sus páginas!; pulcro trabajo y amor por la palabra impresa, derrocha desde sus portadas ¡Tercera época!, ¡qué lástima haber llegado hasta ahora, tan recientemente, como espectador y partícipe del devenir de nuestra lengua y nuestro arte! y ¡mayor lástima aún, lo tardío de este descubrimiento de la amorosa cobija que vuestra revista representa para el Alma colectiva de las ínclitas razas ubérrimas que cantara Dario!

¿Hay suscripciones?, ¿con qué periodicidad aparece?, y, ¿existen colecciones de números atrasados que puedan ser consultadas? Todo me interesa, todo. Curso actualmente la carrera de Letras Españolas, y de ahí acrecentado mi interés por ese manantial de sangre de Hispania fecunda que es *Norte*.

Héctor Treviño.

De Montevideo

Escribir una carta no es difícil. Sin embargo, puede serlo en determinados momentos y circunstancias. No es el hecho de escribir, ni lo es tampoco el hecho de hablar, lo que hace al hombre discernir, sino el de pensar; y en el discernimiento aprendemos a conocer qué es lo justo y qué es lo injusto. Esta acción espontánea y natural del pensamiento, puede ocasionar serias molestias. No la acción en sí, sino sus resultados. La luz, también es molesta para quienes han vivido (y viven todavía) en la oscuridad.

Esta palabra es dura, pero encierra en sí un mundo de explicaciones que ahorrará el que tenga imaginación. Si se es intuitivo, mucho mejor, porque el intelecto nos traiciona a veces.

Al hombre que viaja en carroza, pueden decirle: "Bájate de ahí", obligándolo a que siga su camino a pie. Esto puede parecernos un buen ejercicio, y verse que no pierda nada quien así lo acepte. Bajar un escalón, no es llegar al pie de la escalera. Pero si el hombre avanza caminando, sobre sus propios pies, y lo obligan a que lo haga de rodillas, entonces se olvida su dignidad. Probablemente lo humano ha empezado a desaparecer, y el que abatido se somete, quizá encuentre más plácida y segura la existencia de un animal.

Mas, sin embargo, la acción de pensar sigue apuntando hacia el lejano horizonte donde la luz todavía resplandece, y la esperanza por ver un límpido amanecer sobre los campos, es como un soporte del alma, que nadie puede derribar. Porque en algo hay que apoyarse, y si se tiene una esperanza cierta, una fe resistente a toda prueba, las piedras del camino, aunque frías y lacerantes, dolerán menos.

Nos hablaron de amor durante tanto tiempo... y el amor tantas veces se sacrificó a sí mismo, para enseñar con su ejemplo, que el odio no construye; nunca construirá. Por más apariencias que lo envuelvan. La fuerza del látigo ablanda la carne y endurece el corazón. El hambre no resulta buena consejera, y la oscuridad hace lerdo y penoso el caminar. Sólo el amor puede salvarnos. Que él nos guíe, y así, también, con todo su calor nos alimente.

Cuántas verdades hay en el corazón humano, que sufre sin decir las, y esperando confiado en un despertar consciente que haga de esta Humanidad una gran familia de hermanos que trabajen y progresen, respetándose en sus derechos universalmente reconocidos.

Nuestra oración es la de todos los hombres y mujeres de buena voluntad. "Que la Luz, el Amor y el Poder restablezcan el Plan en la Tierra".

RAMA

